

taneidad. Puso á los funcionarios mexicanos bajo la vigilancia de los oficiales franceses; hizo que se reembarcara Santa Anna, de cuyas buenas intenciones dudaba, á pesar de que Gutiérrez de Estrada le había fiado, y manifestó enérgicamente su voluntad de mantener la enajenación de los bienes del clero, siendo apoyado por el sucesor de Saligny, Montholon, que tenía un carácter moderado y no compartía los rencores clericales (1).

En vano colmó Bazaine de consideraciones personales á Monseñor Labastida é hizo que se le reedificaran su seminario y su casa de campo. La ruptura entre la intervención y los que la habían solicitado se consumó irremisiblemente. El arzobispo escribió á Drouyn de Lhuys hablándole de «el apartamiento de todos los amigos leales y sinceros de la intervención, desde que las poblaciones del interior habían perdido todo entusiasmo, á consecuencia de lo que le había pasado á él y del temor de que se restablecieran las leyes de Reforma», y haciendo constar que «el entusiasmo al acercarse el ejército franco-mexicano habíase disminuído notablemente, como si todos se hubieran puesto de acuerdo para escatimar las manifestaciones de regocijo.» (2) Y á los reproches del Gral. Neigre, comandante militar de México, Monseñor Labastida contestó: «La iglesia sufre hoy los mismos ataques que en tiempo del gobierno de Juárez.... Jamás se vió perseguida con tanto encarnizamiento, y según la posición en que se nos ha colocado, nos encontramos peor que en aquel tiempo» (3). Hasta llegó á amenazar á Bazaine, que iba oficialmente á misa todos los domingos, con cerrarle las puertas de la iglesia. «Las haré abrir á cañonazos» contestó el general.

¡Vaya una manera de intervenir como *desfacedor de entuertos!* Se había querido que la intervención se mantuviera fuera de los partidos, y ello se había logrado, porque la intervención era igualmente detestada por los clericales que la habían solicitado que por los liberales que la soportaban, no teniendo en su favor más que á aquéllos que, por un abuso de una hermosa palabra, se llamaban moderados, es decir, al rebaño vil y cobardé que anda en busca del éxito, que huye del fracaso y que os toma parte de vuestra fuerza sin serviros para aumentarla.

1 Llegó á México el 16 de enero de 1864.—NOTA DEL AUTOR.

2 9 de diciembre de 1863.—NOTA DEL AUTOR.

3 16 de enero de 1864.—NOTA DEL AUTOR.

Se había llegado á esa situación cuando se discutieron los asuntos de México en el Cuespo Legislativo.

## V

La mayoría se había arrepentido de las violencias con que había interrumpido las primeras requisitorias de Julio Favre contra la expedición; comprendía ya que era temeraria y peligrosa; quería que terminara, y lo manifestaba por conducto de sus Comisiones de Presupuesto (1). Por eso se escuchó con visible asentimiento la larga exposición que hizo Thiers de los antecedentes del asunto. Esta exposición, exacta en lo general, á pesar de sus errores acerca del papel desempeñado por Jurien de la Gravière y de sus palabras desdeñosas referentes á Juárez, no contenía nada que no se supiese ya, pero todo lo repetía con persuasiva lucidez. Su conclusión era la misma de Julio Favre: «Tratad con Juárez y retiraos. Sobre todo, no os empeñéis en una tentativa de restauración monárquica, porque aunque no os hayáis comprometido formalmente, lo estaréis moralmente con respecto á aquél á quien habréis entronizado. Y vosotros, colegas míos, si apoyáis al gobierno en sus designios, no podréis más tarde rehusarle ni tropas, ni marinos, ni millones, cuando os los pida para llevar al cabo la operación que de consuno habréis emprendido. Hasta aquí, nuestro honor no está empeñado, pero el día en que el príncipe haya partido con vuestro apoyo y vuestra garantía, tendréis que sostenerle, suceda lo que suceda. La probidad de Francia estará comprometida. Se nos ha dicho que, abandonar á Almonte sería una indignidad; pero ¿cómo podría serlo si no debemos nada á Almonte y á sus amigos, que nos han puesto en la mala situación en que nos

1 LARRABURE. *Dictamen acerca de los créditos suplementarios de 1863.* «Conforme á las actuales previsiones, el gobierno espera que al fin del año de 1864 terminará la expedición. Unánimemente aconsejamos que se ponga fin á la expedición de México, no á toda costa—Dios nos guarde de pensarlo—sino tan prontamente como lo permitan el honor y el interés de Francia. La manifestación de este deseo corresponde al sentimiento general del país.»—NOTA DEL AUTOR.

encontramos? Mientras que, cuando un príncipe esté allá en México, llevado por vosotros, cuando nuestros soldados hayan recorrido el país para ponerle, como se dice, en condiciones de votar por él, ¿quién se atreverá á decir que no estaremos comprometidos con ese príncipe? Y bien, yo no me cansaré de repetirlo, sí lo estaremos! Que acepte quien quiera tal compromiso; yo rechazo tamaña responsabilidad» (1). Este discurso fué recibido con muestras de aprobación; estallaron aplausos en torno del orador.

Julio Favre acumuló todas las vehemencias oratorias para apoyar esa solución, que era la que había propuesto, la que habían propuesto los Cinco. Demostró una vez más que nuestros agravios no eran sino pretextos, que el verdadero objeto era la entronización del príncipe austriaco. Censuró los últimos actos realizados en México: el decreto sobre los secuestros, el voto de la asamblea de los notables, etc. etc. Probó que en ese México que se decía estaba en poder nuestro, sólo éramos dueños del terreno que estaba bajo las ruedas de nuestros cañones y bajo el pie de nuestros soldados. Relató los crímenes de Miramón, de Márquez y de los demás que nos apoyaban y en quienes nos apoyábamos. «Retirémonos! exclamó para terminar. Nuestros valientes soldados, nuestros oficiales tan pundonorosos, nada tienen que hacer al lado de esos aventureros manchados de fango y de sangre, entre quienes andan extraviados!» Aplausos y murmullos siguieron á las últimas palabras de Julio Favre.

Berryer aconsejó que se tratara con Almonte. «Con el Gobierno que habéis establecido» dijo. Su argumentación era poco sólida. «Si ese gobierno representa, como decís, á la mayoría del pueblo mexicano, ¿por qué no tratar con él? No podéis negaros á ello sino reconociendo que es insuficiente el poder que habéis establecido en México y que la mayoría monárquica que pretendéis haber obtenido es una ficción».

Rouher rechazó una y otra soluciones. «El gobierno, dijo, no puede tratar con Juárez, que es el enemigo que ha hecho correr la sangre de nuestros nacionales y ultrajado nuestro pabellón, ni con Almonte, que no representa una autoridad regularmente constituida; no puede negociar más que con un gobierno nacido del sufragio universal. Y si Maximiliano es elegido por la nación

1 26 y 27 de enero de 1864.—NOTA DEL AUTOR.

mexicana, al tratar con ese soberano, el gobierno francés no contraerá una solidaridad permanente é indefinida para el sostenimiento de un imperio en México» Y trató de fundar ese sistema en una larga exposición en que alteraba la verdad.

El reproche principal que formulaba contra Juárez y en el cual insistía sin descanso, era que veinticuatro franceses habían sido asesinados en México y que los asesinos habían quedado impunes. Eso era materialmente falso: en la lista de los atentados cometidos contra veintitrés, y no veinticuatro, franceses, y por los cuales Saligny pedía reparación, había sólo seis asesinados, todos fuera de México, la mayor parte en los caminos, y Juárez no se había negado jamás á castigar á los culpables si se les descubría.

Explicaba así el principio de las hostilidades: «Desde el 24 de enero, habiendo sido enviados tres oficiales por el almirante Jurien á México, con orden de notificar un ultimátum, Juárez no quiso recibirlo y los oficiales volvieron llevando una negativa categórica.» Eso era materialmente falso: no habiendo podido ponerse de acuerdo sobre los términos del ultimátum, los plenipotenciarios no lo habían enviado y los oficiales no habían llevado más que una nota colectiva, en que se proponían negociaciones. Juárez no había podido, pues, negarse á recibir un ultimátum que no se le había enviado (1).

Presentó la convención de la Soledad como un acto de deferencia hacia Prim, que se había comprometido con su firma. Eso era materialmente falso: la convención había sido libremente aceptada por Jurien, porque era imposible que permanecieran las tropas aliadas en la zona pestilente de Veracruz, de donde no se podía salir por la fuerza. Un soldado como

1 Thouvenel á Dubois de Saligny, 28 de febrero de 1862: «Señor: Las disposiciones que ha manifestado, acerca de nuestras últimas reclamaciones, Sir. Charles Wyke, y que han sido secundadas por el Gral. Prim, han impedido que continuéis el ultimátum por medio del cual os habíais propuesto poner fin á la cuestión en lo que se refiere á nosotros» Y en la respuesta que dió Doblado, en nombre de Juárez, á la nota colectiva de las tres potencias, decía con fecha 23 de enero de 1862: «Con respecto á las reclamaciones pendientes, de las naciones aliadas, el gobierno mexicano está dispuesto á entrar en arreglos con las tres potencias, pues tiene el deseo y los medios de satisfacer completamente sus justas demandas». —NOTA DEL AUTOR.

Jurien no habría firmado por deferencia hacia nadie, un acto que «habría desautorizado con sólo consultar su corazón».

Además, trató de justificar la violación de aquellos tratados diciendo que «Juárez la había provocado con la pasión con que había multiplicado sus ataques contra los aliados» Eso era materialmente falso: la ruptura se había producido únicamente por la presencia de Almonte en el campo francés y por haberse negado Jurien á hacerle salir de él.

Y el resto era por el estilo. Rouher quiso cubrir sus malos argumentos, cuya debilidad no podía desconocer, bajo una fraseología aparatosa: «Las pasiones se apagarán, vendrá el día en que hable la posteridad. Entonces, si alguien toma la pluma del historiador, dirá: Fué un hombre de genio aquél que, á pesar de las resistencias, de los obstáculos y de los desfallecimientos, tuvo valor para abrir fuentes de prosperidad nueva á la nación de que era jefe (*Aplausos*); fué el apóstol de una política atrevida, pero previsora y sabia, aquél que reconoció que el equilibrio europeo no está ya en los Alpes, ni en los Pirineos, ni en el Ponto Euxino, sino que abraza el mundo entero, y que tan grandes intereses deben ser objeto de la solicitud de Francia, por más lejos que tenga que ir á protegerlos el pabellón francés. Sí, sí, esta página será gloriosa!» (*Aplausos prolongados*).

Aunque era costumbre conceder la palabra después de que hablaba un ministro, la asamblea no quiso oír la réplica de Julio Favre. «No queréis escuchar la verdad» exclamó Thiers; y sólo cuarenta y siete voces protestaron contra una política que las tres cuartas partes de los miembros de la asamblea desaprobaban en el fondo de su corazón. Entre esos cuarenta y siete se contaban algunos miembros de la mayoría, cuya adhesión al emperador no podía ser sospechosa: Larrabure, el barón de Herlincourt, Parieu, padre, Leclerc d'Osmonville y Masséna, duque de Rívoli.



## CAPITULO V.

### La aceptación de Maximiliano.

#### I

«El nuevo gobierno de México, había dicho Rouher en la sesión del 27 de enero de 1864, será constituido por la soberanía nacional, que es el principio vital del gobierno francés. Si la nación mexicana adopta la forma republicana, respetaremos su voto; si prefiere establecer una monarquía, la respetaremos también; pero si adopta al archiduque Maximiliano, esa voluntad nacional será para éste la mejor clientela.»

Veamos cómo esas promesas fueron cumplidas. Bazaine había remitido las actas de adhesión obtenidas por medio de su leva electoral. ¿Podían esas actas ser consideradas como una manifestación del sufragio universal? Bazaine mismo contestó á esta pregunta al escribir al emperador: «Estas adhesiones *no son el resultado del sufragio universal*... pero no por eso dejan de ser la expresión de la voluntad de la gran mayoría de los *Estados manumisos*, porque el elemento indio que habita los campos sigue siempre al elemento mexicano que habita los centros principales. La raza india no ha sido jamás consultada sinceramente por ningún partido, bajo el pretexto de que carece de inteligencia. Para convertir á los indios en *gentes de razón*, habría que cambiar en un instante la organización del país. ¿Ni cómo establecer aquí listas electorales cuando no existe el estado civil? Pero, aunque estoy convencido de que esas actas de adhesión representan la voluntad de las *gentes de razón* de México, y de que el archiduque puede sin remordimiento apoyarse en dichas actas, he preparado un plebiscito y no abrigo la menor duda acerca del resultado del voto.»